

jo querido, ¿qué teníais que hacer mas que escucharle y recibir la salud tanto tiempo antes prometida á vuestros padres?

Y este es el primer paso de una injusta envidia, la mala fe. Disputamos en público á aquellos cuya elevacion miramos con envidia; los talentos y cualidades laudables que en lo interior nos vemos precisados á concederles; aun cuando no podamos dar el colorido de vicios á sus virtudes, siempre hallamos en ellas algo que notar. La misma envidia nos alumbra para que veamos lo mas estimable de ellas y hace que lo despreciemos; quisiéramos que el público se declarase contra ellos, cuando al mismo tiempo nuestra conciencia, mejor instruida, los justifica. De este modo el gusto que tenemos en ver que otros se engañan en el juicio que de ellos hacen, nunca es perfecto, porque no podemos conseguir engañarnos á nosotros mismos.

En segundo lugar *la bajeza*. Buscan ellos mismos ocultamente un falso testimonio contra Jesucristo y no pueden hallarle: *Et quærebant falsum testimonium contra Jesum, et non invenerunt.*¹ Si le hubieran buscado verdadero, ¡ah! todo hubiera respondido en favor del inocente. El pueblo hubiera exclamado que Dios nunca dió á los hombres un poder semejante.² Tantos muertos resucitados, tantos enfermos curados hubieran protestado que él es la resurreccion y la vida;³ tantas pecadoras convertidas hubieran publicado que no se puede resistir á las palabras de gracia y de salud que salen de su boca.⁴ Las mismas piedras del templo hubieran gritado á su modo que le consumia el ce-

1 Matth. 26. v. 59. 60.

2 Matth. 9. v. 8.

3 Joann. 11 v. 25.

4 Luc. 4. v. 22.

lo de la casa de su Padre.¹ ¡Qué luz si hubieran querido ver! ¿á cuántas verdades es menester cegarse y á cuántas bajezas es preciso reducirse cuando uno se ha entregado ya á esta injusta pasion?

Y este es el segundo paso. Los medios de que se vale la envidia para dañar, siempre son secretos, porque siempre son bajos é infames. Nos solemos gloriarnos de otras pasiones. Un ambicioso se alaba de sus pretensiones y esperanzas, un vengativo pone su gloria en hacer ruidosa su venganza, un lascivo se gloria de sus excesos y desórdenes; pero en la envidia hay no sé qué bajeza que aun á nosotros mismos la ocultamos; es pasion de almas viles, es confesar nosotros mismos, en nuestro interior, nuestra inutilidad; es una ceguera que nos cierra los ojos para que nos arrojemos á las mayores indignidades; de todo somos capaces desde el instante que somos enemigos del mérito y de la inocencia.

En tercer lugar *la dureza*. Aquellos jueces corrompidos entregan al Salvador á la insolencia y al furor de sus criados y ministros, y la envidia, siempre cruel, les hace mirar con un inhumano gusto los oprobios y salivas con que le cubren. El mismo santuario de la justicia y majestad del tribunal en que están sentados, no puede servir de sagrado á un inocente contra las afrentas y ultrajes. ¡Ah! el Arca de Israel estuvo segura aun en el templo de Dagon, y el mismo ídolo cayendo á sus piés, respetó la majestad y la gloria del que residia en ella; y Jesucristo, Arca del nuevo Testamento, es hoy ultrajado aun en medio de su santuario y de sus ministros, y si se postran á sus piés es para insultarle y añadir esta burla á sus dolores é ignominias!

1 Joann. 2. v. 17.

¡Qué pocas reliquias de humanidad quedan en un corazón que después de haber mirado con envidia y tristeza la prosperidad de su prójimo, ve con alegría y complacencia sus desgracias! Tercer paso de esta injusta pasión, *la dureza*. Esta obstina el corazón y le cierra á todos los pensamientos piadosos y compasivos; miramos con una interior alegría las desgracias y decadencia de nuestros prójimos, no podemos ser felices sino con sus desgracias. En la casa de Amán se respiraba un aire de júbilo y alegría con solo el espectáculo de las desgracias y del suplicio de Mardoqueo. Esta es pasión de un corazón perverso, y no obstante, esto es lo que vemos suceder todos los días, y esta la pasión dominante de las cortes. Esta cruel pasión hace de la sociedad un teatro terrible, en el que solo parece que se juntan los hombres para despedazarse y destruirse, y en donde el abatimiento de unos sirve de triunfo y de victoria á otros. ¡Qué ceguedad para los cristianos, que siempre deben mirarse como hermanos y como herederos de unos mismos bienes y de unas mismas promesas!

Finalmente, en cuarto lugar, *el sacrificio de los intereses de la patria*. No tenemos mas rey que el César, exclaman: *Nos Regem non habemus, nisi Cæsarem*.¹ Los que poco antes se gloriaban de que nunca habian sido vasallos ni esclavos de nadie: *Nemini servivimus unquam*,² que detestaban el yugo de los incircuncisos, que tenian el privilegio de ser el pueblo de Dios y de no tener mas rey ni mas Padre que el Señor; que miraban el cetro de las naciones como una tiranía, y creian que todos los reyes y todos los pueblos habian de venir á ser tributarios de Jerusalem, sa-

1 Joann. 19. v. 15.

2 Joann. 8. v. 33.

crifican esta gloria, estos privilegios que los distinguian de los demás pueblos de la tierra, al cruel gusto de ver perecer á aquel con cuya reputacion les hacia irreconciliables una secreta envidia: *Nos Regem non habemus nisi Cæsarem*. Renuncian á la gloria de ser el reino del Señor, á la esperanza de Israel y á las promesas hechas á sus padres, con tal que perezca el inocente. ¡Oh pasión detestable, cómo naciste en el corazón del hombre! ¿Es posible que os ha de mover menos la ruina del pueblo y de la patria, que el horroroso derecho de veros satisfechos?

Sí, católicos, este es el último paso de la envidia. La religion, el Estado, los intereses públicos, la gloria de la patria, todo se sacrifica á la bajeza de su resentimiento; aborrecemos todo lo que favorece á las personas que nos hace odiosas la envidia; si proponen consejos útiles á los pueblos y al Estado, los despreciamos; si ellos se oponen á los injustos y perniciosos, los abrazamos. Esta ciega pasión se introduce hasta en el santuario de los reyes y en el consejo de los príncipes; separa á los que debia unir el interés comun, el bien público y el amor al príncipe y á la patria; buscan medios de arruinarse á costa de los negocios y necesidades públicas; mil veces han nacido las comunes desgracias de las envidias particulares; se olvida todo lo que se debe á la patria y á sí mismo, y un corazón inficionado con la envidia, nada respeta, por sagrado que sea: tal es la oposicion que la envidia de los sacerdotes pone en su corazón á las promesas y á la verdad de las Escrituras.

En tercer lugar, furiosa la ingratitud pone en el pueblo una oposicion insensata á la verdad de los milagros del Salvador; habiendo sido testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguian en tropel con sus discípulos; poco antes le habian tambien acompañado cuan-

do entró triunfante en Jerusalem, haciendo resonar los aires con aclamaciones y alabanzas, y cubriendo el camino con ramos de oliva, como señalando los trofeos al Rey pacífico que venia á traer la paz y la salud á Sion. Con todo eso, este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesucristo, huye de él como de un sedicioso, y pide á Pilatos su muerte. Sea crucificado, exclaman; no queremos que reine sobre nosotros.¹ ¡Qué ingratitud! querian aclamarle por su rey en el desierto cuando les mantenía con un alimento milagroso, y en medio de Jerusalem ya no le conocen y miran su yugo como una injusta servidumbre.

La ingratitud, católicos, es la que forma todas nuestras inconstancias en los caminos de Dios. Movidos algunas veces de su gracia y de los beneficios singulares de que nos ha colmado en particular, proporcionándonos mil sucesos felices para nuestra salvacion, hemos querido hacerle reinar en nuestros corazones; le hemos seguido algun tiempo, hemos estado inclinados al agradecimiento por los cuidados de preferencia y de bondad que ha usado con nosotros; pero el mundo, nuestra flaqueza y las ocasiones que no hemos evitado suficientemente, han borrado muy presto estos afectos de nuestro corazon; nos hemos olvidado de sus beneficios y de nuestras promesas, y como la ingratitud y el abuso de las gracias es la que cierra la fuente de ellas en el seno de Dios, este Señor nos ha entregado á toda la corrupcion de nuestros corazones; nosotros nos hemos declarado abiertamente contra él, no hemos guardado regla en el desorden, y para acabar de sofocar las reliquias de nuestros antiguos pensamientos de virtud, hemos manifestado nueva audacia en la culpa.

¹ Lucæ. 10. v. 14.

Por eso, católicos, la inconstancia en los caminos de la salvacion es el mayor obstáculo que halla la gracia que vencer en nuestros corazones; no perseveramos los mismos ni un solo instante; tan presto nos sentimos movidos de Dios, como embriagados del mundo; tan presto formando proyectos de retiro como de ambicion; tan presto cansados de los deleites, como experimentando que nace en nosotros un nuevo gusto á ellos; cada instante huye de nosotros nuestro corazon, no hay cosa que le detenga ni que le fije, nuestra inconstancia es molesta aun para nosotros mismos. Quisiéramos poder fijar nuestro corazon y hacer que tomase una consistencia permanente en el vicio ó en la virtud, y el primer objeto se apodera de él y le lleva tras de sí; vivimos en una continua variacion, sin regla, sin máximas seguras y sin principios, no pudiendo fiarnos de nosotros mismos, ni aun por un instante, tomando por reglas de nuestra conducta las desigualdades del génio y de la imaginacion.

Y esto es lo que nos hace tan poco proporcionados para la verdad y la virtud; la virtud pide una vida uniforme, y sacrifica continuamente las inconstancias de una imaginacion ligera y variable al orden y á la obligacion, y aunque es verdad que nos cansamos de nuestra propia inconstancia, nos cansa mucho mas la uniformidad de la virtud; una vida siempre la misma, siempre sujeta á las mismas leyes, siempre sumisa á las mismas reglas, siempre oprimida con las mismas obligaciones, nos desanima y molesta. ¡Ah! si para ser santo no se necesitara mas que una accion heroica de virtud, un sacrificio grande, un paso generoso, poco les costaria á los hombres. En nosotros hallamos bastante resolucion para violentarnos por un instante; entonces parece que se reunen todas las fuerzas del alma, y la cor-

ta duracion del combate mitiga y alivia el dolor; pero lo que cansa en la virtud es que hecho un sacrificio se presenta otro que hacer, que vencida una pasion renace inmediatamente otra, y necesitamos de nuevos esfuerzos para vencerla. Hoy se halla Pedro con valor para sacar la espada y defender á su Maestro contra los sacrílegos que le insultan; pero luego que vuelve la tentacion se desanima y cae. Es cosa fácil el ser valiente y heróico en ciertos instantes; lo que cuesta trabajo es el permanecer siempre constante y fiel; ceguedad de ingratitud y de inconstancia en el pueblo que resiste á la verdad de los milagros del Salvador.

En cuarto lugar. Ceguedad de ambicion en Pilatos, que resiste á la verdad de su inocencia.

Fué llevado el Salvador del mundo á la presencia de este magistrado infiel. En todo veia Pilatos las pruebas de su inocencia; él mismo confiesa que no halla que este hombre sea digno de muerte; amenázanle con el César: *Non es amicus Caesaris.*¹ Y ved aquí los obstáculos que una ambicion cobarde pone en su corazon á la verdad que él conoce y que él no puede ocultarse á sí mismo.

Primeramente, un obstáculo de disimulo y de mala fe. No pudiendo menos de conocer la inocencia del Salvador, de la que su silencio, sus respuestas, las acusaciones de los judíos, los sueños de su mujer, todo, en fin, daba testimonio, y por otra parte, no queriendo ponerse á peligro de excitar una sedicion en Jerusalem que pudiera desagradar al César y ocasionarle su desgracia, propone arbitrios para salvar á Jesucristo, quiere valerse de la ocasion de la Pascua, en la que era costumbre conceder al pueblo la vida de

¹ Joann. 19. v. 12.

un reo, y de este modo le da á entender, contra el dictámen de su conciencia, que Jesus Nazareno necesita de gracia, y que es digno de muerte si los votos del pueblo no le aplican el perdon, concedido siempre al tiempo de la Pascua.

Primer obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que seamos falsos, cobardes y tímidos cuando tenemos que defender los intereses de la justicia y de la verdad; siempre tememos el desagradar; queremos conciliarlo y componerlo todo; nos hallamos incapaces de rectitud y de candor, de aquella nobleza de alma que inspira el amor de la equidad, y la que sola constituye los grandes hombres, los buenos vasallos, los ministros fieles, los magistrados ilustres y los héroes cristianos; ponemos en paralelo á Jesucristo y Barrabás, dispuestos siempre á sacrificar cualquiera de los dos, segun lo pide el tiempo y las ocasiones; por eso no se puede contar con un corazon en quien la ambicion domina; no hay en él cosa segura, fija ni grande; no camina sobre máximas, principios y dictámenes seguros; toma todas las formas, se dobla siempre al gusto de las pasiones ajenas; dice continuamente como Pilatos: *¿Quem vultis vobis de duobus dimitti?*¹ ¿A cuál de los dos quereis que dé libertad ó que condene? Dispuesto igualmente á todo, segun el favor del viento, ó á defender la equidad ó á proteger la injusticia. Por mas que quieran decir que la ambicion es pasion de almas grandes, lo cierto es que nadie es grande sino por el amor á la verdad y cuando solo intenta agradar con ella.

En segun lugar, un obstáculo de aborrecimiento á la verdad que hace que ésta nos sea molesta; la preferencia que

¹ Matth. 27. v. 21.

los judíos dan á Barrabás respecto de Jesucristo, turba á Pilatos. ¿Qué he de hacer, pues, de Jesus, á quien llaman Cristo?¹ les decia; el Salvador le sirve de estorbo, su inocencia le pesa, quisiera que los judíos tratasen ellos solos este negocio: *Tollite eum vos, et secundum legem vestam judicate.*² La causa del inocente les es odiosa.

Segundo obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que nos sea odiosa la justicia y la verdad. La causa justa nos embaraza, quisiéramos que aquellos á quienes es preciso perder por agradar, fuesen siempre culpados; tenemos por desgracia el estar encargados de su causa, y buscamos medios para deshacernos de ella, y en vez de abrazar con gusto la ocasion de amparar con nuestro ministerio al inocente, huimos la gloria de una accion heroica como debiéramos huir la infamia de una vileza.

En tercer lugar, un obstáculo de hipocresía que hace que aun la misma verdad sirva á los fines de la ambicion. Habiendo sabido Pilatos que Jesus era galileo, le envia á Herodes con pretexto de que obedeciendo Galilea á este príncipe, le pertenecia á él juzgar la causa de Jesucristo. No da Pilatos este paso con el fin de conservar la vida á un inocente, sino por recobrar la amistad de Herodes, que habia perdido. Hace servir á Jesucristo para sus fines y se aprovecha de él para su propia utilidad.

Tercer obstáculo. Un corazon ambicioso dista tanto mas de la verdad, quanto mas ostenta amarla y seguirla; este es el vicio de que se forman todas las falsas virtudes, y aun en un reinado en que la virtud es el camino seguro para conseguir los favores y las gracias, hay quien como

1 Matth. v. 22.

2 Joann. 18. v. 31.

Pilatos se valga de Jesucristo para adquirir la estimacion del príncipe. Despues de haber tentado todos los caminos, este es el último recurso que inspira la ambicion; se vale de lo mas santo y sagrado bajo las apariencias de celo y de virtud. ¡Qué desgracia el llegar uno á estar tan depravado que se valga aun del mismo Jesucristo para perderse, para formar de la virtud el camino de las pasiones y el fomento del vicio, para emplear la religion en favorecer los deseos del siglo que ella condena, para mudar aun los mismos socorros de la piedad en motivos de concupiscencia, y las armas mismas de la verdad en instrumentos de engaño y de mentira! ¡Qué poca esperanza de su salvacion debe tener una alma que puede abusar del don de Dios, y no valerse de Jesucristo, juez y enemigo del mundo, mas que para emplearle en conseguir los honores y la estimacion del mismo mundo!

Finalmente, último obstáculo. Un obstáculo de falsa conciencia, la que hace que aun cuando sacrificamos la verdad á los intereses humanos, nos parezca que nada tenemos que reprendernos. Viendo Pilatos que sus dilaciones y arbitrios solo servian de indisponer y encender mas y mas el furor de los judíos, entrega por último el Salvador á su venganza: *Tradidit voluntati eorum;*¹ pero al mismo tiempo lava sus manos; consiente en que muera y declara que él no es responsable de la muerte de este justo: *Innocens ego sum á sanguine Justi hujus.*²

Último obstáculo que opone la ambicion á la verdad. Nos formamos una falsa conciencia acerca de la mayor parte de las acciones mas opuestas á la obligacion á la regla; nos

1 Luc. 23. v. 25.

2 Math. 27. v. 24.